



CARTA ABIERTA A SERGIO ARELLANO

General: A pesar de su Alzheimer, demencia senil y alcoholismo, sabrá usted de nuestra existencia. Todos los días recuerdo la sangre herida que hierve sobre mí porque usted mató a mi padre. Siempre supe que iba a tener Alzheimer. Así lo diagnosticaron los expertos de la política, la justicia y el Servicio Médico Legal. No podría ser de otra manera. El lobby, la presión, las pasadas de cuenta y hasta una supuesta carta del cardenal Silva Henríquez que apareció en los alegatos de la Corte Suprema contribuyeron al veredicto final.

Usted se sabía culpable. Por eso le temblaban las manos, se le paralizaba la cara. Yo merodeaba su existencia. Miré fijamente su rostro en el Club de Polo, donde lo escupimos cuando se evadía de nosotras. Hemos seguido sus pasos. No todas estamos vivas, como Dora Guralnick, madre del periodista Carlos Berger, asesinado por usted en Calama y que, aturdida por la impunidad y el silencio, terminó su vida trágicamente.

El implacable tiempo ha llegado y el juez Montiglio ha hecho su trabajo: lo declaró con una enfermedad irreversible y lo condenó a pagar la suma de 500 mil pesos por 144 asesinatos.

Usted tenía 47 años cuando asesinó a mi padre, Mario Silva Iriarte, funcionario de Corfo Norte. Él tenía 35 años y cinco hijos. A diferencia de otros hijos de ejecutados que no supieron que los suyos fueron exterminados a pedazos, con mi madre levantamos el ataúd y trasladamos a mi padre a Vallenar, donde el pueblo se refugió en sus casas estremecido por la muerte de un hombre que no sabía disparar ni pistolas de agua.

Sé que lo persiguen las sombras, que no puede salir a las calles y que no recuerda las maldades con sus hijos y sobrinos en vísperas de Navidad y Año Nuevo. Yo sí recuerdo cuando mi padre me dejaba chocolates en la cama sin avisarme, dos meses antes que usted lo asesinara.

Por él, en honor a tantos sacrificios, dolor y lucha, escribo esta carta, para silenciar el grito desgarrado de los ejecutados de la Caravana de la Muerte y sus familias. La dignidad y el honor no se transan jamás. Adhieren a esta carta mi madre, Graciela Álvarez; mis hermanos, Amanda, Libertad, Patricia y Mario; el hermano de mi padre, Jaime Anselmo Silva, y todos los hombres y mujeres decentes de esta tierra.

**Rosa Silva A.
Abogada**